

Un país en venta

Víctor Meza

En la década de los años ochenta, un célebre periodista argentino, Gregorio Selser, autor de los no menos famosos libros “Sandino, General de hombres libres” y “El pequeño ejército loco”, obras dedicadas a narrar y rendir homenaje a la lucha de Augusto César Sandino en Nicaragua en contra de las tropas norteamericanas que habían invadido su país, bautizó a Honduras con el poco apreciable título de “República alquilada”, en alusión directa al papel que desempeñaba nuestro país, como aliado incondicional y sumiso de los Estados Unidos, en la convulsión política y militar que envolvía entonces a nuestros países vecinos. El calificativo de “República alquilada” vino así a sumarse a otro, no menos humillante y brutal, que había pronunciado Gabriel García Márquez, quien no vaciló en calificar a Honduras como el “portaviones terrestre” de los Estados Unidos en Centroamérica.

Hoy ya no se habla de alquilar la República. Hoy la prensa internacional habla y publica extensos reportajes sobre la venta del territorio hondureño. Con el pretexto de las mal llamadas “ciudades modelo”, un ingenioso invento de algunos académicos, economistas especialmente, norteamericanos que gustan de hacer experimentos novedosos en estas tierras abandonadas de Dios y alejadas de la modernidad, sumidas ya no el tercero sino en el cuarto mundo, cada vez más distantes de los nuevos tiempos y más excluidas de los procesos de globalización y revolución tecnológica del planeta. Territorios propicios para la experimentación, laboratorios tropicales para poner a prueba cuanto disparate y locura se les ocurra a los “cerebros pensantes” del primer mundo.

La docilidad de las élites locales, ilusionadas con volverse socias de los ingenuos inversionistas que, creen ellas, vendrán por montones a comprar sus espacios reservados en estas tierras tan fértiles como abandonadas, conforma el ánimo preciso y la voluntad sumisa que facilitará las cosas y abrirá los espacios locales para la llegada de los nuevos conquistadores.

No es la primera vez que el país pone en venta retazos de su soberanía. En los años noventa del siglo XX, el propio gobierno se dedicó a vender pasaportes hondureños a ciudadanos chinos ansiosos por abandonar Hong Kong ante la inminente declaración favorable a la soberanía de la República Popular China. Miles de orientales compraron pasaportes legales o falsificados, incrementando el número de ciudadanos y turistas “hondureños” viajando por el ancho mundo.

Y también hay otros antecedentes: durante los tristemente célebres “Procesos de Moscú”, a finales de los años treinta del siglo pasado, los fiscales del estalinismo presentaron dos pasaportes hondureños como pruebas en contra de los acusados, antiguos funcionarios del Estado bolchevique, viejos militantes comunistas, muchos de ellos amigos o

partidarios de León Trotsky, a quienes Stalin convirtió en chivos expiatorios en la vorágine desatada por su demencia represiva. En su conocida obra “Los crímenes de Stalin”, Trotsky tuvo la oportunidad, con su fina mordacidad acostumbrada, a ironizar y burlarse de los servicios de inteligencia estalinistas que no tuvieron mejor imaginación y más iniciativa que la de conseguir dos pasaportes hondureños, comprados en alguna legación diplomática catracha, para acusarle de saboteador y terrorista. ¡Vaya pruebas!

En esta misma línea de negociadores de la soberanía hay que colocar a los responsables de haber permitido el uso de nuestro territorio para que bandas criminales de todo tipo atentaran contra los países vecinos, como sucedió en 1954 cuando desde nuestro suelo partieron los militares y bandoleros que invadieron Guatemala y derrocaron el gobierno democrático de Jacobo Arbenz, o cuando se permitió la instalación y actividad criminal de los antiguos guardias somocistas que conformaron la contrarrevolución, los llamados “Contras”, para invadir y hostigar al primer gobierno sandinista. En fin, hay tanta historia de ignominia e infamia, como en la narración de Jorge Luis Borges.

Y ¿qué pensar de las “hazañas” realizadas por timadores hábiles y audaces que han sido capaces de vender a incautos compradores islotes completos, cayos y arrecifes ubicados en las cristalinas aguas del Mar Caribe hondureño? O ¿de los delincuentes aquellos que, con dinero sustraído ilegalmente de las instituciones nacionales, compraron residencias, caros apartamentos, placeres mundanos, prostitutas de lujo y no pocas voluntades políticas, dentro y fuera de Honduras...?

Gracias a ellos, a esos truhanes de toda laya, trujamanes de feria, hemos logrado evolucionar desde la antigua República alquilada hasta el moderno país en venta. ¡Vaya progreso!